

# Adelaida y la furia

Desde el fondo del patio en sombra, en aquel mediodía de enero, bajo el rigor del sol que caía sobre la calle y la incendiaba con resplandores intensos, Fermín Rosales podía mirar a través del marco de la puerta la desierta lumbre en el desierto silencio, y esperar. ¡Esperar! ¿Qué otra cosa era su vida, allí, sino esa condena? ¿qué otra cosa era su vida en esa odiosa comarca, sino una larga espera, entre la furia del calor y la furia de los tifones? El marco brillaba vacío en su miel luminosa, como la moldura deshabitada de un cuadro, como la pantalla todavía sin imágenes de un cinematógrafo, con esa condición que se sabe transitoria porque espera el soplo inminente que le dé animación y sentido.

Y así ocurrió

En el marco de la luz había ahora una sombra, sólo que la impresión era, para Fermín, la opuesta; era la sombra la que irradiaba luz y subordinaba, con su fulgor, a la luz primera. Así era Adelaida en sus sueños, así la veía ahora.

Salió corriendo a su encuentro. Pero, cuando llegó a la calle, Adelaida había desaparecido. La calle estaba solitaria. Edificaciones de paredes anónimas, bañadas por un sol lúcido, se alineaban unas al lado de las otras. Lanzóse en procura de la muchacha. Luego de caminar unas cuerdas, al doblar una esquina, la divisó. Apuró el paso. Bajo el agobio del sofocante silencio, la ciudad parecía abandonada. ¡Quién se atrevía a salir con ese bochorno del vendaval! Sólo un loco, como él, sólo una obcecada, como Adelaida. Fermín avanzaba resuelto, con pasos largos, amargado. Sentía sobre su nuca, como un resuello incómodo, las miradas fisgadas de la gente detrás de las persianas. Los edificios se alzaban radiantes y netos; el viento del abra había desgastado los muros, desvenado las puertas.

Adelaida caminaba de prisa, sin volver la cabeza, a pesar de saber que la sigo. Se sintió impaciente; gritó. Pero el viento del abra había comenzado a soplar y se llevaba sus palabras. Arreciaba, oscuro, lo golpeaba en medio del pecho, le llenaba la cara, dificultando su marcha. Fermín se mordió los labios; la cólera ganaba su cerebro, oía martillar la sangre en sus venas; los latidos de su corazón retumbaban sordamente en la calle. ¿O era en su tumultuosa

cabeza? Por fin logró salir a una plaza. El ventarrón cesó de repente.

- ¡Maldito viento! -exclamó.

Hacía tiempo que deseaba abandonar ese lugar aborrecible, pero lo retenía Adelaida. Es contumaz, me tortura con sus caprichos. ¿Por qué se niega a escucharme? La muchacha se había detenido en la pérgola de piedra de la plaza, en medio de un grupo de vegetación despojada. Tranquila, sonriendo al agua que gorgoteaba en el grifo de la fuente, sonriendo a la brisa que agitaba sus cabellos, no se dignó siquiera volver la cara del lado en que las pisadas de Fermín quebraban el silencio del mediodía. Detrás de Adelaida, allá abajo, al fondo, se extendía el cementerio. Fermín evitó mirar sus cruces oblicuas y sus tumbas inclinadas.

Apresuró el paso. Pensó lo que iba a decirle. Es necesario que salgamos de este infierno. Debo convencerla. ¿Hasta cuándo vamos a prorrogar la insensatez? Un aullido y luego un golpe en la espalda, inesperadamente, casi lo derribaron de bruces. Comenzó a correr. El tifón, negro y furioso, se había alzado de nuevo y descargaba sobre él violentos aletazos. Su salvación era la pérgola, los árboles. Pero el viento lo empujaba con sus grandes manos alevosas, como a una rama desprendida. Fermín no lograba detenerse. Hundía los pies en la tierra con el porfiado empeño de arraigarse en ella; sus manos arañaban el aire, en busca de un asidero. Tenía las mandíbulas apretadas por el esfuerzo. El viento era más recio que él.

Pasó al lado de la pérgola, braceando desesperadamente contra su propio ímpetu, arrastrando por la fuerza del vendaval como una hoja seca sobre las desiertas piedras de la plaza, gritando sin oírse, sin que lo oyera Adelaida, y viendo, con terror, que su rauda carrera lo precipitaba, inexorable, por la ancha alameda en la casa de los muertos.

Fermín Rosales cayó desarticulado en el fondo de un osario abierto. Sus huesos crujieron, con ruido seco, al confundirse con los restos dispersos de los esqueletos definitivamente pulidos por las lluvias y por el tiempo.

Oscar Cerruto. La Paz, 1912 - 1981  
Periodista, poeta y escritor.